

XX

El gusanillo

Antesala que precede á la capilla ardiente. Por la puerta entreabierta se divisa, allá en el fondo, la gran cama imperial, y á la luz amarillenta de los blandones fúnebres, entre el hacinamiento de las coronas y ramas de lila profusamente desparramadas, destellan las condecoraciones que honran el pecho del difunto. Los amigos y parientes, que han de formar el duelo, esperan conferenciando á media voz.

AMIGO PRIMERO (*persona conspicua y machucha*).—¡Quién lo dijera! ¡Si parecía tan fuerte, tan sanito!... ¡Más que todos nosotros! No ha guardado un día de cama.

AMIGO SEGUNDO (*semijoven, gomoso, atildado*).—Conmigo paseó á caballo el jueves, y hoy es lunes... Si soy yo quien maneja este cotarro, no permito que le entierren todavía. Está tan natural... Parece vivo.

AMIGO PRIMERO.—¿Vivo? ¡Pues si le han hecho la autopsia!

AMIGO SEGUNDO.—¡La autopsia! ¿Y á santo de qué?

MÉDICO.—Por eso justamente... Por ignorarse de qué enfermedad ha sucumbido. Como que no padecía ninguna, no se le conocían achaques,

y se hallaba en lo mejor de la edad. Crea usted que antes de proceder á dar el primer corte de escalpelo, buen cuidado tuvimos de cerciorarnos de si la muerte era real y no se trataba de una catalepsia ó cosa por el estilo. ¡Muerto estaba... y bien muerto!

AMIGO PRIMERO.—Y al fin, ¿se ha averiguado de qué?...

MÉDICO (*llevándoseles á un rincon, lo más lejos posible de la puerta de la capilla ardiente*).—¡Ah! una cosa muy curiosa. Verán ustedes... (*Cuchichean.*)

EL MARQUÉS DE LA GALIANA (*tio del difunto; señor vanidoso, quisquilloso, presumido, locuaz*).—Padre, ¿y Matildita? ¿Ha repetido la convulsión?

EL CAPELLÁN (*anciano, pálido, afectadísimo, temblón de cabeza y manos*).—No, señor; se ha tranquilizado un poco... Esperamos por lo menos que se resigne... con el tiempo, naturalmente...

EL MARQUÉS.—Es tan angelical... ¡Le quería tanto á este pobre sobrino mío! Es decir... le llamo pobre á Alberto, no sé por qué; en realidad, no he conocido hombre de más suerte... ¡Una suerte loca de remate; y todos los dones de la fortunal Salud, buen humor, figura simpática, linaje, riquezas y el don de engatusar á cuantos... y á cuantas le conocían. Ya ve usted lo que pasó con Matilde... ¡Bien sabe á lo que aludo! Matilde... que ha sido y es todavía una belleza, y que además heredaba muchos millones, tenía tratada la boda con el hermano mayor

Alberto, Lucianito... Y se cree, ¡jél! ¡jél!, que ya entonces prefería Matilde á Alberto, que gustaba más del meror... y que á él, por su parte, le hacía Matilde tilín... ¡pero vaya usted á asegurar estas cosas!... La malicia, padre capellán... ¡la pícara malicia!...

EL CAPELLÁN (*con abatimiento profundo*).—La malicia inseparable de la mísera humanidad.

EL MARQUÉS.—La malicia... sí, corriente... Sólo que algunas veces... la malicia tiene su fundamento, vamos... No; en este caso yo no aseguro que lo tuviese... Alberto era un chico excelente... ¡convenido! Siempre lo dije; bueno á carta cabal. Algo descuidado en visitar... eso sí... Hasta desatento. En un año, le veíamos media vez... En fin, defectillos insignificantes. Como lo pasaba tan bien y se encontraba tan halagado, se olvidaba de cumplir con las personas de respeto. Lo que sucede, padre: cuando todo nos sonríe... Y á Alberto le sonreía todo... Hasta los mismos disgustos tremendos, las desgracias de la familia, ayudaron á encumbrarle... La muerte de su hermano... aquella muerte tan impensada... tan trágica... ¿no se acuerda usted?...

EL CAPELLÁN (*turbado y deseoso de cortar la conversación*).—Señor marqués... se me figura que ya se organiza el duelo...

EL MARQUÉS.—¡Quiá, quiá! Si todavía no es la hora... Hay que cerrar la caja... Aún no ha llegado la mitad de los coches.—¡Qué sorpresal ¡verdad!, al ocurrir la catástrofe de Lucianito... Esos accidentes en las cacerías siempre aterran; sí, señor, aterran punto menos que un crimen...

EL CAPELLÁN (*aturdido, desencajado*).—¡Van á entrar en la capilla! Hago falta allí, señor marqués... Con su permiso... Hasta luego...

EL MARQUÉS (*aparte, pensativo, frotándose las manos*).—¡Jé... jé...! ¿Qué mosca le ha picado al confesor de mi sobrinito? ¿Por qué huye así, lívido de terror? Si cuando me escamo yo... ¡vaya, vaya! ¡Aquella muerte de Luciano fué particular! Despeñarse á un precipicio engañado por la niebla... Eso no le sucede á quien conoce el país y lo ha recorrido desde muchacho. Y su hermano Alberto, que aparece diciendo que también la niebla le hizo perder el camino, y por eso se separó de los demás cazadores... Hum... hum... Con la tragedia de Luciano se hizo personaje Alberto. Lo sentiría mucho, lo sentiría lo que ustedes gusten; pero le vino como un guante: único heredero de los bienes, de la grandeza, de los títulos, y á los dos años esposo de Matildita...

En fin, lo que uno cree, lo cree... (*Pruca.*) Matildita es una preciosidad. ¿Se consolará? Jé, jé... Ahora no la conviene rodearse de jóvenes casquivanos: queda al frente de una inmensa fortuna, y necesita un sujeto experimentado y formal que sepa guiarla y aconsejarla con prudencia... ¡Encantadora Matildita! Vamos á verla, por si conseguimos que no note que sacan el cadáver... Luego me uniré al duelo... (*Desaparece por una puerta interior.*)

AMIGO SEGUNDO (*en el grupo del rincón*).—¿Y dice usted que nada... nada absolutamente? ¿Ninguna lesión orgánica?

MÉDICO.—Ni tanto así... Y mire usted que pocas veces se da este caso... Diariamente estamos haciendo autopsias, y en individuos mayores de cuarenta años siempre encontramos, cuando menos, grietecillas, por donde empieza á cuartearse el edificio. El que no tiene una predisposición tiene otra; la vida nos gasta á todos; el oleaje siempre se lleva partículas de la roca, hasta que la destruye; sólo que para acabar con la roca se necesitan siglos, y para acabarnos á nosotros... ¡pss!

AMIGO PRIMERO —¿Pero han hecho ustedes una autopsia... en regla, formal?

MÉDICO.—¡Formalísima... minuciosa! Nos picaba la curiosidad y nos entregamos por gusto á una apasionada exploración. No quedó sitio que no registrásemos: riñones, bazo, pulmones, estómago, hígado, cerebro, fueron visitados escrupulosamente. ¡Qué limpios, qué intactos los encontramos! ¡Daba gloria! Inverosímil, créalo usted, atendida la edad no proveya, pero sí madura, de ese señor.

AMIGO PRIMERO (*insistiendo*). —De modo que el hígado, el estómago, etc..., ¿á las mil maravillas? ¿Y el corazón? ¿No dice usted si el corazón?...

MÉDICO.—¡Ah! El corazón... En reserva... Yo también creí, dado lo súbito del fallecimiento, que se trataba de un aneurisma... Grande fué mi sorpresa al notar que tampoco el corazón presentaba lesión alguna. Sin embargo, al llegar al centro mismo del órgano, vimos... En confianza... No lo repitan ustedes... Porque no nos

lo explicamos; ningún compañero mío se lo explica...

AMIGO PRIMERO.—¿Qué, qué había?

MÉDICO.—Algo muy extraño... Un gusanillo pequeñísimo, escondido, cobijado, encerrado y domiciliado allí, que se dedicaba á roer su madre...

XXI

Diálogo

ROSALBA.—¿Cómo te gustaría á tí que fuese? ¿Rubio, pelicastaño, ala de cuervo sombrío?

AURINA.—Ninguno de esos pelos.

ROSALBA.—¿Rojo? Es de traidores...

AURINA.—Hay traidores de todos los pelajes.

ROSALBA.—Entonces, ni rojo, ni rubio, ni... ¿Entonces?

AURINA.—¿Entonces? Gris, y si puede ser blanco, ¡mejor!

ROSALBA.—¡Gris! ¡Blanco! ¿Para enviudar pronto?

AURINA.—Justamente. Ese rasgo de penetración me prueba que vas despabilándote un poco. Porque ¡cuidado que eres simplaina tú!

ROSALBA.—Muchísimo. Ya hago lo posible por adquirir malicia; pero genio y figura...

AURINA.—Pues, chúpate el dedo y verás el camino que llevas. Mira, las de tu calaña me